



INGRID CARLBERG

RAOUL WALLEMBERG

La heroica vida del hombre que salvó a miles
de judíos húngaros del Holocausto



PENÍNSULA **HUELLAS**

Raoul Wallenberg

Ingrid Carlberg

La heroica vida del hombre que salvó
a miles de judíos húngaros del Holocausto

Introducción de Kofi A. Annan

Traducción de Itziar Hernández

ediciones península

Título original: *Raoul Wallenberg*

© Ingrid Carlberg, 2012, 2015
Publicado originalmente en inglés por MacLehose Press,
un sello de Quercus Editions Limited, 2016

Este libro apareció primero en sueco, con el título *Det står ett rum här och väntar på dig...: Berättelsen om Raoul Wallenberg* («Aquí hay un lugar esperándote: la historia de Raoul Wallenberg»), publicado por Norstedts (Estocolmo), en 2012.
En Gran Bretaña lo publicó por primera vez, en 2016, Editions Limited.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2018

© de la traducción del inglés: Itziar Hernández Rodilla, 2018

© de la introducción, Kofi A. Annan, 2015
© del árbol genealógico, Stig Söderlind

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los posibles titulares de los derechos de autor, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
XXXXXX - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-28.324-2017
ISBN: 978-84-9942-669-3

ÍNDICE

Introducción de KOFI A. ANNAN	15
Prólogo: <i>Djursholm, otoño de 2009</i>	19

PARTE I

¿QUÉ HACE A UNA PERSONA?

1. Una felicidad precaria	25
2. Dos viudas y un niño	36
3. Sin aires de millonario	43
4. Ametralladoras y arquitectura estadounidense	58
5. El trotamundos	78
<i>Estocolmo, febrero de 2010</i>	103
6. Solo	107
7. Un militar con aspiraciones empresariales	125
<i>Bragevägen 12, noviembre de 2010, «Farewell Blues»</i>	141
8. El tratante	146
<i>Blasieholmen, mayo de 2010</i>	167

PARTE II

¿QUÉ HACE HEROICO UN ACTO?

9. El encuentro en el ascensor	173
10. La misión	204
<i>Djursholm, octubre de 2010</i>	237

11. Salvar a tantos como pudiese	241
12. «Su relación con Suecia es la empresa Kanthal»	273
<i>Buda, junio de 2010</i>	304
13. Barbarie	309
14. Treinta y una casas y diez mil estómagos que alimentar	341
<i>Plaza de Raoul Wallenberg, enero de 2010</i>	369
15. «Soy sueco, natural de un país neutral»	371
<i>Calle Ostrom, otoño de 2010</i>	419

PARTE III

¿QUÉ DETERMINA EL DESTINO DE UNA PERSONA?

16. De protegido a desaparecido	423
<i>Prisión de Leförtovo, abril de 2011</i>	464
17. Contemplar el rostro de Dios	468
18. «No le interesas a nadie»	499
<i>Cementerio de Donskoie, abril de 2011</i>	537
19. Un sueco y un muro soviético que derribar	539
20. ¿Qué puede pasar por verdad a medias?	560
<i>Junto a la Lubianka, abril de 2011</i>	576
21. Un duelo de profesores	579
22. La creación de un héroe americano	600
<i>Versalles, primavera de 2010</i>	622
23. «Adiós, señor Wallenberg»	625
<i>Estocolmo y Moscú, 2011</i>	655
Epílogo: <i>Djursholm, verano de 2011</i>	660
Agradecimientos	663
Fuentes y bibliografía	666
Árbol genealógico	690
Índice temático	693

PARTE I

¿QUÉ HACE A UNA PERSONA?

UNA FELICIDAD PRECARIA

La pena y la alegría caminan de la mano, o eso dice un melancólico himno nórdico del siglo xvii. En la primavera y el otoño de 1912, la verdad de esas palabras se iba a hacer dolorosamente palpable para la recién casada Maj Wallenberg.

No hacía mucho que había vivido el que, hasta aquel momento, había sido el día más feliz de su vida: su boda con el subteniente de la Marina Raoul Oscar Wallenberg,* de veintitrés años. La boda se había celebrado en la iglesia de San Jacobo, el 27 de septiembre de 1911, con la pompa y el boato oportunos: la *Marcha Nupcial* de Mendelssohn y el coro nupcial del *Lobengrin* de Wagner. Después se sirvió a los invitados un menú de nueve platos en el Grand Hôtel de Estocolmo. Cenaron lenguado Waleska, perdiz y el champán favorito del zar ruso, un Charles Heidsieck. La carta de vinos fue más o menos idéntica a la que se serviría unos meses más tarde en el banquete de los premios Nobel.

Raoul Oscar Wallenberg y Maj Wising se habían conocido dos años antes. Maj era amiga del colegio de Sonja Wallenberg, prima de Raoul Oscar, y los tres eran miembros del mismo club deportivo, que organizaba excursiones los domingos a media tarde en los alrededores de Estocolmo. Tras unos meses de encuentros cada vez

* Raoul Wallenberg se llamaba como su padre. Por mor de la claridad, nos referiremos al padre de nuestro protagonista como Raoul Oscar Wallenberg a lo largo del texto.

más frecuentes con Maj, Raoul Oscar fue incapaz de ocultar sus sentimientos. «No sin cierta desazón, debo admitir que he acabado por enamorarme», escribió a su padre, Gustaf Wallenberg, desde el barco *H. M. Göta* en la primavera de 1910.

Tan fuertes eran sus sentimientos que Raoul Oscar se sintió obligado a prometerse primero y pedir permiso a su padre más tarde. Eso lo atormentaba, especialmente porque su padre le había impuesto, no hacía mucho, una charla sobre las mujeres. Gustaf había advertido a su hijo sobre «las taimadas sirenas que buscan atrapar a los jóvenes en sus redes».

El proceder inusual de Raoul Oscar tenía también, no obstante, una explicación práctica. Durante los últimos años, sus padres habían estado viviendo en Japón, donde Gustaf era enviado diplomático de Suecia. En la carta a su padre, Raoul Oscar revelaba que había pedido a Maj matrimonio en marzo de 1910, dos días antes de partir con la Marina en el *H. M. Göta*. Para gran alivio suyo, la respuesta fue sí. Así que estaba orgulloso de poder escribir a sus padres que su prometida, Maj Wising, era de buena familia, la benjamina del famoso neurólogo Per Wising y su esposa, Sophie.

Raoul Oscar describía a Maj como una «chica fuerte y sana y robusta, que no vacila ante la perspectiva de caminar unos treinta kilómetros en una tarde». Informaba a su padre de que era esbelta y proporcionada, y de que tenía unos pies exquisitos, aunque sus manos no estaban tan bien formadas como las de la madre de Raoul Oscar, Annie Wallenberg. Maj Wising, escribió Raoul Oscar, se mostraba a menudo alegre y llena de vida, aunque era al mismo tiempo una joven seria e inusualmente ambiciosa. Por ejemplo, se había graduado recientemente de la escuela privada de Sofie Almqvist. Un logro singular a comienzos del siglo XX, pues las escuelas secundarias públicas no admitieron chicas hasta 1927.

Por su parte, Raoul Oscar no había encontrado dificultad alguna en aprobar el examen de oficial de la Escuela Naval Militar, parte obligatoria de la educación masculina en la familia Wallenberg, con notas excelentes, y avanzaba a toda vela en su carrera, si bien la intención no había sido nunca que permaneciese en la Marina.

Su padre, Gustaf, era hijo del fallecido André Oscar Wallenberg, conocido oficial naval, político y banquero que había fundado

en 1856 el Stockholms Enskilda Bank. André Oscar había sido un padre exigente, al que le gustaba entretener a sus hijos (veinte, de tres madres distintas) con historias de sus logros y de los de sus antepasados. El deber y la abnegación eran los principios que guiaban la filosofía de vida que había procurado pasar a su prole. André Oscar había creado, por tanto, un duro programa educacional para sus hijos, que incluía internados extranjeros desde temprana edad, coronado con un título de la Escuela Naval. Una tradición que heredaba ahora la siguiente generación.

El joven Raoul Oscar era uno de los mejores estudiantes de su año. Había sobrepasado ya con mucho a su padre. En el clan Wallenberg, «Rulle», como lo llamaban, gozaba de alta estima. Era el mayor de los nietos de André Oscar y lo consideraban afable, sabio y expresivo. Era objeto de grandes expectativas.

Pero el destino tenía otros planes para él.

En la época de la boda de Maj y Raoul Oscar, en septiembre de 1911, los Wallenberg estaban ya en camino de convertirse en la dinastía más influyente del mundo de los negocios sueco. La Revolución Industrial había dado un impulso significativo al sector bancario del país. La demanda de créditos comerciales era enorme y, en torno al cambio de siglo, los nuevos bancos brotaron como champiñones.

En este auge general de la banca, el éxito del Stockholms Enskilda Bank (SEB) se consideraba el más impresionante. Su transformación de empresa emergente amenazada en las décadas de 1870 y 1880 a uno de los tres bancos comerciales dominantes en Suecia veinte años más tarde concitaba respeto.

Tras la muerte de André Oscar en 1886, la responsabilidad de los negocios familiares y su riqueza recayeron naturalmente en los mayores de los hermanos Wallenberg: Knut, Gustaf y Marcus. André Oscar había indicado que veía a Knut y luego a Marcus, once años más joven que el primero, como los líderes naturales. Puede que fuese esta actitud hacia Gustaf la que determinó el sino de la rama de la familia en la que nació Raoul Wallenberg.

Como correspondía a su edad y autoridad, Knut Wallenberg asumió el cargo de presidente del banco. Pero el emprendedor Marcus

no tardó en llamar a su puerta, ansioso por ocupar junto a Knut un lugar que sentía que le iba a él mejor que al hermano intermedio, Gustaf. Al contrario que este, Marcus había dejado la Marina casi de inmediato tras la graduación para estudiar Derecho en Upsala. Marcus era ambicioso y tozudo, y no se molestaba en ocultar que esperaba el momento de recibir un cargo importante en el banco.

Knut Wallenberg había demostrado ser un líder imponente y expansivo, pero carecía de formación financiera y legal. En consecuencia, en 1890, contrató a Marcus en el banco como asesor legal ocupado de las quejas de clientes, a pesar de que su hermano menor aún no había completado la formación judicial habitual. Dos años más tarde, Marcus Wallenberg fue nombrado vicepresidente y segundo al mando en el Enskilda Bank.

Fue entonces cuando Marcus, que sentía desde hacía mucho que Gustaf carecía de las habilidades necesarias, decidió que había que mantenerlo a cierta distancia de la gestión cotidiana del banco.

La relación entre Marcus y Gustaf no había sido nunca buena, a pesar de que habían pasado juntos gran parte de su niñez. Gustaf y Marcus tenían doce y once años cuando, conforme al programa de André Oscar, los enviaron a un internado alemán durante varios años para adquirir una educación luterana que les formase el carácter. André Oscar quería que sus hijos hablaran con soltura alemán, inglés y francés, aprendiesen a obedecer los dictados del deber y se endureciesen emocionalmente. Los padres de los chicos solo contestaban una de cada cuatro cartas para no mimarlos. La morriña se consideraba señal de debilidad.

Y aun así, incluso en un contexto tan difícil, no parece que los hermanos se tomaran cariño. En su biografía de Marcus Wallenberg, Torsten Gårdlund describe la relación entre ellos durante la niñez como amistosa, pero «no exactamente cálida».

Cuando Gustaf, en torno al momento de la muerte de su padre, fracasó estrepitosamente en una atrevida empresa comercial en Estados Unidos, Marcus lo juzgó con dureza. A sus ojos, Gustaf carecía tanto de sentido común como de criterio financiero, lo que

para Marcus Wallenberg eran graves defectos de carácter. Pese a que Knut compartía en parte esta visión crítica, tenía intención de convertir de todas formas a Gustaf en director ejecutivo del banco. Marcus fue incapaz de aceptarlo. Escribió un memorándum en el que detallaba las debilidades de Gustaf y convenció a Knut de que abandonase sus planes.

Como resultado, Gustaf nunca ascendió por encima de cargos de gestión de nivel intermedio en el banco familiar y, por fin, en 1902, decidió irse y arreglárselas por su cuenta. Al anunciar su decisión de abandonar la junta del Enskilda Bank, Gustaf escribió: «Todo mi ser va en una dirección contraria a la del banquero».

En Suecia, en aquella época, no era difícil pasar de los negocios al Ministerio de Asuntos Exteriores. Desde comienzos de siglo, Gustaf Wallenberg había ocupado un escaño en la segunda cámara del Parlamento como representante de Estocolmo y del Partido Liberal. Tras la disolución de la unión con Noruega, fue nombrado primer enviado de Suecia en Asia Oriental, con residencia en Tokio. Se mudó a Japón en 1906 con su mujer y dos hijos. Su hijo Raoul Oscar, de dieciocho años, permaneció en Estocolmo con su abuela.

Cuando la familia se reunió para la boda de Raoul Oscar en septiembre de 1911, Marcus había sucedido a Knut como presidente del Enskilda Bank. Knut tenía ya casi sesenta años y, al contrario que su hermano, no vivía para el trabajo. Llevaba bastante tiempo pensando que cazar urogallos y hacer viajes de ocio a la Riviera eran ocupaciones más interesantes que afanarse en el banco.

Mientras Marcus Wallenberg alcanzaba un antiguo sueño, Gustaf volvía a estar en dificultades. En Japón lo trataban como a un rey, pero sus ideas algo impulsivas para aumentar el comercio sueco con Oriente no habían sido demasiado bien acogidas por los altos estamentos del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, el Utrikesdepartementet. Había también rumores sobre desórdenes en las cuentas financieras de Gustaf Wallenberg, y acababan de convocarlo para dar las correspondientes explicaciones.

Sin duda, tenía mucho en que pensar durante la ceremonia de la boda de su hijo.

Los recién casados se mudaron a un apartamento en la esquina de Grev Turegatan con Linnégatan, en el mismo edificio que los padres de Maj. Per Wising había abierto consulta allí tras haber renunciado a su puesto de profesor en el Karolinska Institutet un par de años antes.

La nueva familia comenzó a construir su vida en Estocolmo, que estaba disfrutando un periodo de crecimiento económico y optimismo cultural. Suecia había sido una de las sociedades agrarias más pobres del mundo durante el siglo XIX. Ahora, en el siglo XX, se encontraba en un estado de cambio significativo, en camino de convertirse en una de las principales naciones industriales. La parte de la ciudad en la que se instalaron Raoul Oscar y su esposa había pasado de vecindario de chozas de madera destartaladas y vacas pastando a barrio de elegantes edificios de apartamentos con vestíbulo de mármol.

Raoul Oscar y Maj decoraron su apartamento con grandes alfombras y una amplia colección de muebles *art nouveau*. Raoul Oscar, muy interesado en el diseño interior, encargó a un hábil carpintero una docena de sillas rococó para el comedor y un dormitorio en estilo gustaviano, todo lacado, muy a la moda, en blanco. En las paredes había retratos familiares y espejos dorados, así como algunos de los óleos y acuarelas del propio Raoul Oscar enmarcados, entre ellos una gran obra que representaba la batalla naval francobritánica de la bahía de Abukir, en 1798.

Raoul Oscar demostraba considerable talento artístico. Siempre tenía a mano un bloc de dibujo y a menudo volvía de sus viajes —a Granada, Venecia o Västervik— con alguna pintura. En el otoño de 1910, Marcus Wallenberg le había encargado los planos de un mausoleo para el cementerio de la familia Wallenberg en la propiedad de Malmvik, la adorada residencia estival de la familia. Malmvik se encontraba en la isla de Lovön, a las afueras de Estocolmo, y Marcus acababa de heredarla tras el fallecimiento de la viuda de André Oscar, Anna. Raoul Oscar aprovechó la oportunidad para pintar unas cuantas escenas en Malmvik, que enmarcó y envió a su padre a Japón como regalo de Navidad.

Maj se había quedado embarazada. Al mismo tiempo, Raoul Oscar experimentó los primeros síntomas de su enfermedad.

Raoul Oscar tenía la intención de disfrutar un permiso de Navidad en el *H. M. Göta*. Pero, en cambio, sufrió repentinos dolores de estómago y tuvo que guardar cama. Sus compañeros de la tripulación tenían vívidos recuerdos de la epidemia de disentería que habían experimentado después de que la flota atracase en Cherburgo en 1909, pero esto iba a resultar más grave.

Pronto estuvo claro que la fuente de los problemas de Raoul Oscar era un sarcoma maligno. Se trataba de una forma agresiva de cáncer de estómago, que la profesión médica de la época no sabía cómo combatir: al joven marido de Maj Wallenberg solo le quedaban unos meses de vida.

Una enfermera se instaló en el apartamento de Grev Turegatan, aunque solo podía aliviar parcialmente los dolores, cada vez peores, de Raoul Oscar. El futuro padre estaba cada día más enfermo.

Su tío Marcus lo visitó varias veces durante la primavera. Tenían una buena relación: Raoul Oscar lo había visitado durante sus años de soltero en Estocolmo para pedirle consejo sobre sus planes futuros. La última vez habían discutido el plan de Raoul Oscar de solicitar una plaza en el Instituto Técnico, que Marcus había alentado. Parecía ver a un futuro líder en el joven subteniente.

En abril de 1912, unos días después del hundimiento del *Titanic*, Marcus Wallenberg escribió a su hermano Gustaf:

En verdad serás digno de compasión si pierdes a tu excelente hijo. Puede que sea un leve consuelo para ti saber que se ha conducido continuamente como un héroe y que ha demostrado más preocupación por sus seres queridos que por él mismo. He ido a verlo de vez en cuando para distraerlo conversando. Por desgracia, no se puede hacer otra cosa por él. La morfina es ahora su mejor amiga.

Hacia el final, Raoul Oscar pidió a Maj su libro favorito, la obra de teatro *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand. Una noche leyó las páginas finales a su mujer y lloró desesperadamente durante toda la despedida de Cyrano a Roxana. Dijo a Maj: «Seré feliz si el pequeño Baby se convierte en una persona sencilla, amable y buena».

El viernes 10 de mayo de 1912, Raoul Oscar Wallenberg falleció en su casa. Cuando llegaron los portadores del féretro, quedaron estupefactos: «Nos habían dicho que debíamos recoger a un joven, pero ¡es un hombre mayor!». Cuatro días más tarde, el día en que murió el autor sueco August Strindberg, se celebró el funeral de Raoul Oscar en la iglesia de Skeppsholmen. Sus compañeros oficiales acompañaron el ataúd a la finca familiar de Malmvik y lo llevaron a través de las columnas dóricas del mausoleo que él mismo había diseñado solo unos años antes. «Rulle», de veintitrés años de edad, fue el primero en ser enterrado allí.

Los escalones de hormigón estaban cubiertos de coronas. Sobre el propio ataúd, sus amigos habían colocado la bandera sueca y su sable.

Maj Wallenberg, embarazada de siete meses, cumplió veintiún años durante los dramáticos días finales de la vida de su esposo. Tras el funeral se hundió en un estado de depresión. En una carta desesperada a su suegra, Annie, que había vuelto a Japón, escribió que debería haberse dado cuenta de que una «felicidad tan grande y completa» como la que había experimentado ella desde que conoció a Raoul Oscar no podía durar:

Cada día que pasa, la vida parece más difícil y este vacío y este anhelo infinitos se hacen más y más grandes. ¿Cómo terminará? [...] Ay, mamá, ¿qué será de nuestro pequeño? No dejo de preguntarme si seré capaz de criar al niño para que sea una buena persona. Pobrecillo, haber perdido a su padre.

En junio de 1912, Maj se mudó a la casa de veraneo de sus padres, Kappsta, en el sur de Lidingö, en las afueras de Estocolmo. La capital, que se preparaba para acoger las quintas Olimpiadas, sufría una ola de calor que resultaba tan incómoda para las gestantes adelantadas como para los atletas.

Maj alquiló su apartamento. Llevaron algunas de sus cosas a su nuevo pisito de dos habitaciones, que conectaba directamente con la casa de sus padres pero tenía su propia entrada. Se debatía ante la cuestión de qué hacer con toda la ropa de Raoul Oscar.

En Kappsta, Maj y la niñera prepararon una habitación en el primer piso para «Baby». En ella colocaron algunas de las sillas blancas de la alcoba de la ciudad y una cama de madera también blanca con lazos de seda rosa. En las paredes colgaron algunos de los cuadros de Raoul Oscar.

Hacia finales de julio el calor cedió, y fue reemplazado por tormentas de verano y una tremenda caída de las temperaturas. Tras una de sus muchas visitas a Malmvik, Maj escribió en su diario que una familia de alondras había anidado al pie de la tumba de Raoul Oscar. Articuló su dolor en frecuentes cartas a su suegra:

Encuentro la vida tan ilimitadamente difícil, en este momento, que no sé qué hacer para olvidar el horror que me ha acontecido. A veces imagino que es imposible que haya sucedido algo así y creo oír los pasos de Raoul como el verano pasado cuando éramos tan increíblemente felices. Ay, ser capaz de conjurar por un minuto lo que se ha ido... para siempre. Qué extraña es la vida, compuesta de estos contrastes. Un momento todo es inmenso gozo y poesía. El siguiente, la pena y el dolor más profundos e incurables.

El domingo 4 de agosto fue gris, húmedo y desacostumbradamente fresco para la época del año. En las primeras horas de la mañana, en una habitación del segundo piso, Maj Wallenberg dio a luz a un niño: Raoul Gustaf Wallenberg. Consiguió hacerlo sin cloroformo, «eligiendo heroicamente el dolor», como escribiría su orgulloso padre a Gustaf Wallenberg en Japón.

Durante el parto, las membranas fetales se rompieron y velaron la cabeza del bebé, lo que los supersticiosos declararon señal de que el recién nacido ganaría todas sus batallas futuras. Maj estaba más contenta de que su hijo hubiese nacido en domingo y no en viernes, para siempre día de dolor tras la muerte de Raoul Oscar. Pensó desde el comienzo que su hijo había heredado la nariz y la boca «rococó» de su padre. Aunque los médicos le aseguraron que era imposible, Maj seguiría preocupada durante meses por si podría haber heredado también su enfermedad.

Como era norma en la familia Wallenberg, el bautizo fue una gran celebración, con tantos padrinos que el funcionario no tuvo sitio para anotarlos a todos en las cuatro líneas reservadas para ese campo en el registro. Knut y Marcus, hermanos del abuelo Gustaf, aparecían mencionados en una larga línea de padrinos, como también los primos de Raoul Oscar: los hijos mayores de Marcus, Sonja y Jacob.

Jacob era cuatro años más joven que Raoul Oscar y quizá el primo con el que mejor se había llevado. Unas semanas después del bautizo lo convocaron a una reunión con su padre y el tío Knut para una conversación seria. Le explicaron que, con la muerte de Raoul Oscar, había pasado a ser el siguiente aspirante a un cargo en el banco. Le entregaron una carta de renuncia preparada y le urgieron a abandonar su carrera de oficial en la Marina tan pronto como se graduase. Instrucciones que él siguió oportunamente.

Maj había decidido que nadie más se encargaría de la tutela de su hijo. Desempeñaría dicho papel ella misma hasta que Gustaf Wallenberg regresase de Japón. Pero pidió a Marcus que cuidase de los «intereses del pequeño Raoul».

Tras el bautizo, la calma regresó a Kappsta. Maj se ocupó de tareas prácticas y se alegró de recibir una carta del Estado informándola de que tenía derecho a 510 coronas al año como pensión de viudedad. Pidió a Jacob Wallenberg que se llevase la ropa de Raoul Oscar y la vendiese a algunos de sus colegas con menos recursos. Pero de otras cosas resultó más difícil separarse. Entre los artículos que conservó estaba el bloc de dibujo de la juventud de Raoul Oscar. Además de divertidas imágenes de tías y tíos y de los apartamentos de la familia, había en él un boceto impresionista a lápiz de unos soldados a caballo. El dibujo tiene como título *La retraite de Moscou*.

El temido aniversario de la boda llegó y pasó. «Solo un año y toda esa felicidad infinita que experimentaba en esta época del año pasado ha quedado destruida. Aunque es cierto que debo de haber sido demasiado feliz con mi Raoul. Y pensar que mi alegre y saludable marido amado yace ahora frío en su tumba húmeda y lúgubre.

Ay, destino terrible y cruel —escribió la infeliz Maj a su suegra, o “mamá”, como la llamaba—. Mamá, perdona que me queje, pero me siento obligada a ello. Es todo tan difícil en este momento... Pero no por eso supongas que no agradezco el rayo de sol que es el pequeño en toda esta miseria. Cuando ríe y se lo ve tan increíblemente feliz, es bastante contagioso.»

Sin embargo, de vuelta en la ciudad, aún vestida de luto, escribió a su suegra sobre los encantadores paseos por Humlegården, que el pequeño Raoul había comenzado a reírse de su reflejo y que tenía unas preciosas lorzas de bebé bien alimentado que le adornaban los muslos. Le contó que el color de los ojos le había cambiado y que se había convertido en el «único Wallenberg vivo de ojos marrones», justo como ella había predicho. «Ay, mamá, ¡qué agradable es cuidar de él!», exclamaba en una carta a finales de octubre.

Pero sus tribulaciones estaban lejos de haber acabado. Un mes más tarde, el padre de Maj, que tenía setenta años, llegó a casa de visitar a unos pacientes sintiéndose mal. Al día siguiente yacía inconsciente y con fiebre alta. Llamaron al médico de la familia, que diagnosticó neumonía. En cuestión de días, Per Wising había fallecido.

Esta segunda pérdida fue un golpe horrible para Maj y la dejó postrada en cama durante una semana. El año 1912 continuaba tan violentamente como había comenzado. Así expresaba su inimaginable caos emocional en una carta de septiembre de 1912: «Un millar de abrazos de tu feliz y desgraciada Maj, mamá».